

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XI. — NÚM. 556

Madrid, 25 de Septiembre de 1930

PRECIO: 15 CENTS.

LA SENCILLEZ DEL PROTESTANTISMO

TAL vez la idea más general acerca del Protestantismo es la que lo representa como un Catolicismo depurado y simplificado. Hubo mucho más que esto en aquel gran movimiento religioso del siglo XVI; pero no puede negarse que un proceso de eliminación y purificación caracteriza de una manera muy marcada a la Reforma.

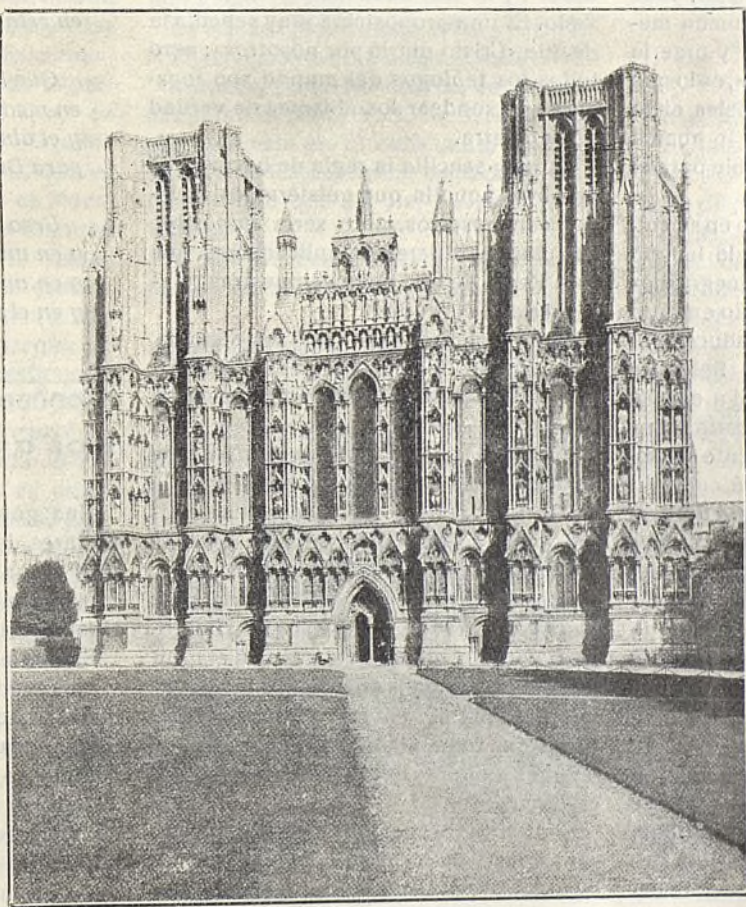
El mismo nombre de Protestantismo sugiere la idea de contradicción y repulsa. Todos sabemos que, históricamente, tuvo su origen en la protesta que los príncipes alemanes adictos a la Reforma hicieron en la Dieta de Spira contra el edicto que les arrebatava la libertad religiosa que antes se les había otorgado. Pero, en realidad, los reformadores podían ser llamados justamente protestantes, y no se avergonzaron del título, porque su actitud fué de franca protesta contra mucho de lo que se creía, se practicaba y se mandaba en la Iglesia de Roma; sin dejar de ser por eso de solemne afirmación de verdades cristianas por largo tiempo oscurecidas y abandonadas.

El Evangelio de Cristo que en su principio había sido encomendado a hombres fieles, veraces y abnegados, nosiempre tuvo tales mantenedores y propagadores. El Nuevo Testamento se cierra con una perspectiva nada optimista en cuanto al porvenir. Pablo, Pedro y Juan veían venir tiempos peligrosos, falsos maestros, errores perversos. Ninguno de los apóstoles creyó que la Iglesia estuviese asegurada contra el error, ni mucho menos que tuviera en sus directores un magisterio infalible. Nunca aconsejaron a los fieles, en vista de los peligros que se avecinaban, que escucharan la voz de la Iglesia o que obedecieran la dirección de un sucesor de San Pedro, en quien ni por un momento pensaron.

La Iglesia visible está compuesta de hombres imperfectos, no todos fieles, y propende de una manera tristemente natural al retroceso y a la decadencia. El primer amor se pierde. La fe primitiva se

corrompida y rebajada que la Iglesia llegara a encontrarse, nunca renegó de la Palabra divina ni dejó de reverenciarla y ensalzarla. Mientras fuera así, habrá esperanza de remedio a los males de la Iglesia. Dios, en su providencia, podrá hacer que aquella Palabra brillara de nuevo a los ojos de los hombres. Esto fué lo que sucedió en la Reforma.

Era natural que la primera obra por hacer que se presentaba ante los que habían descubierto de nuevo el «Evangelio Santísimo de la gloria y gracia de Dios», que Lutero llamó en sus noventa y cinco tesis «el único verdadero tesoro de la Iglesia», era limpiar ésta de errores y supersticiones. Por eso la obra de la Reforma tenía un aspecto destructor y negativo. A través de los siglos se había ido acumulando mucha escoria sobre el oro puro de la verdad cristiana. En este trabajo de purificación se echó fuera mucho que era ajeno y extraño al espíritu del Evangelio. El resultado fué una simplificación. El Protestantismo resultó así más sencillo que el Catolicismo romano. Y sigue siendo siempre más sencillo. La sencillez está en



LOS TEMPLOS FAMOSOS DEL MUNDO PROTESTANTE

La Catedral de Wells, en Inglaterra.

su mismo espíritu. Tiene «la simplicidad que es en Cristo» (2.ª Cor., XI, 3). Es, por esencia, opuesto a toda duplicidad, complicación y mixtificación.

Es sencillo en su doctrina. Al tomar por única regla de fe y de moral las Sagradas Escrituras, arrojó al montón de especulaciones humanas un gran número de doctrinas que la Iglesia de Roma había impuesto como artículos de fe. Roma tenía, además de las Sagradas Escrituras, la tradición, material abundantísimo, de donde podrán sacarse, y se están sacando todavía, dogmas nuevos. La Inmaculada Concepción de María y la infalibilidad del Papa, son los últimamente extraídos,

pero la Palabra de Dios no había perecido. Arrinconada, desconocida, olvidada, se conservaba, sin embargo; y con gratitud debemos reconocerlo: por muy

y no faltan maestros católicos romanos que anuncian como próximos a promulgarse la Asunción de la Virgen (creída por los católicos romanos en general, pero todavía no declarada *de fide*) y la Universal Mediación de María.

Si recorriéramos los cánones de los Concilios y enumeráramos todas las proposiciones acompañadas del «Sea anatemá» para todo el que las negare, veríamos que la suma de dogmas que el católico romano debe aceptar es sencillamente enorme. Claro que en la práctica la tarea de ese fiel católico romano viene a ser tan sencilla como lo era para Sancho Panza, cuando dijo: «Y cuando otra cosa no tuviere, sino el creer como creo, firmemente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos...» Esto no es, todo ello, un concepto vulgar, ni mucho menos. Creer «todo lo que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana», es lo que la misma Iglesia pide a sus fieles en lo que llama «fe implícita», que lo abarca todo con el menor trabajo posible para el creyente.

El Protestantismo es sencillo en su culto. El hecho de celebrarse en la lengua del pueblo, ya lo hace, desde luego, más sencillo que un culto celebrado en latín y que requiere, por lo tanto, traducciones y explicaciones, aunque los fieles no suelen desearlas ni pedir las. Si a esto se añade que el ritual es complicado y que ha de seguirse escrupulosamente en todas sus partes, se comprenderá cuán difícil es el culto romanista al lado del culto evangélico. Ex sacerdotes, amigos míos, me han contado con qué preocupación, sobresalto y agonía, decían sus primeras misas, no precisamente por la grandeza del misterio que creían celebrar, sino por el temor de olvidar alguna de las rúbricas del ritual, o de equivocarse en alguna de las palabras.

«Dios es Espíritu, y los que le adoran en espíritu y en verdad, es necesario que adoren», dijo el Señor a la Samaritana. El culto debe ser, por supuesto, tan decoroso como podamos hacerlo, y debemos llevar a él nuestros pensamientos y sentimientos más altos, expresados en la forma más noble de que seamos capaces; pero pensar que Dios se ofenda porque se omita una genuflexión en un punto determinado o porque se substituya una palabra por otra equivalente, es desconocer por completo la voluntad de nuestro Dios y el espíritu de Jesucristo.

El Protestantismo es sencillo en sus reglas de moral. Su moral es tan elevada, y más, que la moral romanista; pero es más sencilla, porque tiene normas más amplias y porque deja a la conciencia individual, iluminada por la gracia divina, la resolución de problemas concretos. Contra lo que dicen nuestros adversarios, el Protestantismo ha producido en los pueblos que lo aceptaron una innegable elevación en el nivel de la

moralidad pública y privada. Los pueblos protestantes se han comparado siempre, con ventaja, con los romanistas en la honradez, la veracidad, la pureza de la vida de familia, la fidelidad en el trabajo, el servicio en favor de los pobres y desheredados, la buena ciudadanía. «Puritano» es un epíteto de elogio, aun en países católicos romanos.

Esta sencillez del Protestantismo no es, sin embargo, pobreza; ni la complejidad del Catolicismo romano representa riqueza verdadera.

La sencillez del Protestantismo es el resultado de haber dado a las grandes realidades de la fe cristiana el lugar que les corresponde. Cristo trajo al mundo un Evangelio muy sencillo, por ser un Evangelio muy grande. No hay nada tan sencillo como la afirmación de que «Dios es amor»; y no hay nada tan profundo y elevado. Es una proposición muy sencilla la de que «Cristo murió por nosotros»; pero todos los teólogos del mundo son incapaces de sondear los abismos de verdad que encierra.

Es muy sencilla la regla de hacer a los hombres aquello que quisiéramos hicieran con nosotros, pero sería imposible calcular las diferentes aplicaciones que esta Regla de Oro tiene en nuestras relaciones con el prójimo.

La fe del Protestantismo es sencilla, pero grande. El culto evangélico es sencillo, pero espiritual y elevado. La moral evangélica es sencilla, pero noble y pura.

Con su fe sencilla, el Protestantismo ha fomentado la lectura y el estudio de la Palabra de Dios, y hay una cultura religiosa mucho más sólida en las Iglesias evangélicas que en la Iglesia de Roma.

Con su culto sencillo, el Protestantismo ha creado, desde Lutero acá, una Himnología, que sin que desconozcamos el gran valor de los himnos cristianos medioevales, está muy por encima de todo lo que la Iglesia romana ha producido en los tiempos modernos para el uso del pueblo cristiano.

Con su moral sencilla, sin casuística, sin reglas para confesores, sin minucias legalísticas, el Protestantismo ha robustecido la conciencia personal y ha levantado normas cada vez más altas de justicia social.

Cristo fué sencillo; sencillas sus palabras, sencilla su ley, sencillas sus reglas de vida. «Uno es vuestro Maestro, el Cristo; y todos vosotros sois hermanos». No puede reducirse a términos más sencillos el Magisterio y la vida del pueblo cristiano.

C. ARAUJO GARCÍA.

Para Jesús el concepto distintivo de la omnipresencia era: El hijo de Dios no puede ir a parte alguna sin que esté con él su Padre. Él no asociaba la omnipresencia con lo infinitamente grande, sino con lo infinitamente pequeño. — J. T. Marshall.

MÁS ALLÁ

*Nada hay que al tiempo resista
que hasta se van deshaciendo
las flores que fué tejiendo
sobre la piedra el artista.*

*Y es inútil pretender
aplastar la realidad,
Dios sujetó en su querer
el mundo a la vanidad.*

*Y, no obstante, ser la vida
como es, mi corazón
me dice que hay escondida
una gran resurrección.*

*Que es preciso tener fe
para poder caminar
y ver, lo que no se ve
en esta vida al pasar.*

*Que hay un algo, un más allá
en medio de aquesta nada
y el alma que fué creada
para Dios, no morirá.*

*Creo en un Dios, Dios Eterno,
y en una vida ulterior,
y en un cielo y un infierno,
y en el triunfo del amor...*

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARIN.

Los que suben y bajan.

Una gota de agua que había estado millares de años confundida con las demás en un lago, sintió de pronto que se transformaba y adquiría una ligereza extraordinaria.

Estaba evaporándose.

— ¡Tengo alas! — dijo flotando sobre el lago. — ¡Adiós, amigas! Ya había presenciado muchas veces que mi naturaleza era distinta de la vuestra. Voy a las alturas, al país de las nubes y de las águilas. Ya no nos veremos más.

— No te enorgullezcas — le dijo otra gota que había viajado mucho —; yo he estado en esas altas regiones, y sé que no se permanece en ellas mucho tiempo. Pide a Dios que cuando caigas, quizá hoy mismo, te deje volver a este lago tranquilo. Eres como todas nosotras; un poco de calor te eleva, un pequeño enfriamiento te hace descender.

— Aunque eso sea — repuso la soberbia partícula de vapor —, ha llegado mi época feliz.

— ¿Quién sabe? Acaso estás destinada a hundirte en el terreno y encerrarte para siempre en una cueva oscura.

Algunos días después, la gota condensada caía sobre una hoja, y resbalando por ella temblaba, resistiéndose a desmenuzarse.

Venía de los cielos: iba fatalmente a rodar sobre la tierra.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

DIÁLOGO DEL ALMA

Cierta mañana que, frente a mi Biblia, abierta, meditaba, fui interrumpido por una voz que al parecer era de lejana procedencia, pero la fui oyendo cada vez más cerca y con mayor nitidez, hasta que se localizó en mí ser, y así me habló:

— Dime: ¿eres cristiano?

— Si — le contesté —, creo en Cristo.

— No se trata de si eres cristiano porque crees en Cristo; lo que deseo saber es si eres cristiano porque sigues a Cristo.

— Si creo en Cristo es señal de que le sigo juntamente con esa multitud que ha sido por Él redimida.

— Yerras. Seguir a Cristo no es igual que creer en Él. Creer ha sido un acto accidental que tiene repercusión continua en tu vida; pero seguir es una acción continua que debes manifestarla en los hechos diarios. Seguir es el anhelo constante de alcanzar una cosa; seguir es perseguir un objeto. Aclaremos: creer es tener fe, certeza que Cristo es el Salvador que murió por el mundo, y por ti, que es el Hijo de Dios, tu Abogado, el Maestro de los maestros, etc. Seguir a Cristo es muy distinto, es ir en busca de Él tratando de alcanzarlo. Tú conoces el camino que Él mismo te señaló; por lo tanto, lázate por Él, tratando de poner tus pies en las huellas por Él dejadas. Con esto quiero decirte — ¡oh, buen cristiano! — que lanzarte por el camino que Él marcó es vivir como Él vivió, es sufrir como Él sufrió, es sentir como Él sintió, es amar como Él amó, es perdonar como Él perdonó, es humillarse como Él se humilló, es morir como Él murió. . . ¿Haces tú esto?

— Confieso, ¡oh voz que me hablas!, que nunca pensé en tal distinción entre creer y seguir.

— No pregunto ahora la diferencia que existe entre vocablos; lo que en el momento me interesa es saber si como cristiano que eres sigues a Jesús, imitándole.

— . . . ¿Sufrir como Él sufrió? . . . ¿hablar como Él habló? . . . ¿perdonar como Él. . . ?

— ¡Oh, no, ni pensarlo; seguir a Él en esta forma es difícil, imposible.

— No digas difícil ni exclames imposible, porque no son palabras que debe pronunciar uno que se dice cristiano; pero dime, ¿intentas, te esfuerzas, luchas para vivir como Cristo enseñó que debes vivir?

— ¿. . . ?

— Y ahora que a este punto hemos llegado, ábreme tu corazón, confíesame cuán lejos te consideras de Cristo, en cuántas cosas le crees desleal, cuántas veces le has obscurecido el nombre. . .

— No pienso que tanto mal haya hecho al Señor, voz acusadora.

— Veo que tu miopía espiritual te hace ver que eres un cristiano íntegro, perfecto, y que tu vida es intachable ante Cristo. Ven, vengamos a cuenta, aguja tu oído, despierta tu memoria y abre tu corazón. . . Tienes una Biblia, veo que titubeas; no te espantes: sólo te preguntaré cosas muy

sencillas; abre en el sermón de la montaña, que ya lo debes saber de memoria. Contéstame como cristiano: ¿Eres la sal, que conserva su propiedad y guarda de corrupción a los demás? ¿Eres luz, guionadora de los que andan en tinieblas espirituales? ¿Eres justo, más que aquéllos que no son cristianos? ¿Has pedido perdón a tu hermano, si lo has herido, y si él te ha ofendido, has buscado oportunidad para que él comprenda su mal y quedar luego otra vez amigos? ¿Alguna debilidad en tu vida, la has cortado? ¿Es tu hablar cortés, pero sin hipocresía, diciendo siempre sí, sí, o no, no? ¿Nunca te has vengado? ¿Amas a tus enemigos, oras por ellos? . . .

— ¿Basta. . . basta. . . — contesté turbado a esa voz, al mismo tiempo que escondía mi rostro entre las manos —. Nunca pensé que seguir a Cristo era todo esto, mas lo que callas. . .

La voz apagóse de improviso y el silencio que siguió me fué más aterrador.

Después, como las últimas entrecortadas palabras de un moribundo, oí: «El que dice que está en Él debe andar como Él anduvo. . . Lucha, lucha, esfuerzate, porque la vida que yo viví es posible vivir».

Y esa voz, desde aquella época, no ha muerto en mí: va donde yo voy.

DIXI

=====

Una rica dote.

Un joven en vísperas de matrimonio fué a comunicar ésta su resolución a un viejo amigo suyo, sabio profesor y ferviente cristiano.

— Hijo querido, le dijo éste, estoy encantado de la noticia y espero que tu novia reúna en sí todas las cualidades necesarias para vuestra futura felicidad.

— Oh, sí, contestó el joven en seguida, pertenece a una familia distinguidísima.

El profesor se levantó de su asiento y se acercó a una pizarra que se hallaba colgada en la pared de su estudio. Cogió una tiza y ante los ojos asombrados del joven, escribió un gran cero.

— Es hermosa, prosiguió el joven.

El profesor escribió otro cero.

— Es rica.

Un tercer cero.

— Es la única heredera de una cuantiosa fortuna.

Otro cero.

— Es muy inteligente.

Otro cero más.

— Tiene modales encantadores.

El profesor escribió el sexto cero.

— ¡Ah, se me había olvidado que es una joven profundamente cristiana!

— ¿Por qué no me dijistes eso al principio? Dijo vivamente el anciano. Y puso un gran uno ante los seis ceros, añadiendo:

— Sin religión, todas las cualidades no habrían bastado para hacerte feliz, y todas ellas habrían sido nada más que ceros; únicamente la cualidad de ser cristiana da valor a todas las demás.

No me gustaría que mi Iglesia. . .

1.º Piense que yo siempre puedo predicar un buen sermón.

2.º Me haga responsable de todo lo que pasa en la Iglesia.

3.º Crea que yo tengo más tiempo de ocio que ninguna otra persona.

4.º Crea que por instinto yo pueda averiguar quién está enfermo.

5.º Crea que yo me he convertido en un profesional religioso.

6.º Piense que yo estoy viviendo de la caridad ajena.

7.º Crea que la obra total de la Iglesia puede hacerse sin la cooperación de cada hermano. — Un ministro.

=====

Los vendedores de Biblias.

«Repetidas veces nos hemos hecho eco de la protesta de los vendedores de Evangelios y Biblias, que constantemente son objeto de persecuciones y vejámenes por parte del fanatismo rural, azuzado, en la mayoría de los casos, por los párrocos y autoridades. Convengamos en que nuestras protestas no han tenido la fortuna de poner coto a los desmanes.

»Hoy tenemos noticia de que en Villacarrillo, entre el jefe de Policía, dos polizontes y el alcalde, maltrataron, el día 2 del corriente, a un vendedor de Biblias, y le obligaron, a despecho de su patente industrial, a abandonar precipitadamente el pueblo, con la amenaza de apalearle en la cárcel.

»El hecho se comenta por sí solo. Pero convendría que el ministro de la Gobernación advirtiera, con su claro sentido, que estas cosas no las escribimos, ni para llenar un espacio, del que no andamos ciertamente sobrados, ni por placer, sino para que él instruya el oportuno expediente y curse las debidas órdenes a estos monterillas, a fin de que terminen de una vez estos casos, bochornosos en sí, y más bochornosos por lo frecuentes.

»¿De acuerdo?»

(De Heraldo de Madrid del 11 del corriente.)

=====

Lo primero.

Un niño quiso bañarse en un río, pero como no sabía nadar, estuvo a punto de ahogarse.

En ese momento pasaba un hombre y el niño pidió auxilio.

El caminante se acercó a la orilla y empezó a reprender al niño por su descuido; pero éste le dijo:

«Sácame primero del agua y después repréndeme todo lo que quieras».

Así, cuando veáis a un amigo en peligro, salvadle primero y luego repreendedle o aconsejadle. — Leokmann.

pendencia que esta ley no le dé no quedará mejor garantizada por el poder temporal sobre un Estado de algunos kilómetros cuadrados, que podría ser invadido y conquistado en unas pocas horas, Pero, en fin, el Papado considera necesario, para regir la Iglesia con la debida tranquilidad, esa soberanía, y es muy probable que pronto la consiga.

No sé si a mis lectores les impresionan estas pretensiones del Papado del mismo modo que a mí. No alcanzo a ver en ellas ninguna señal de verdadera ambición y soberbia. No se las puede tachar de arrogantes y desmedidas. Pecan de todo lo contrario: de excesivamente encogidas y humildes.

Me explico, aunque, naturalmente, no lo creo bueno, que un Papa declare, como Inocencio III, que toda criatura humana, individual y colectiva, pueblos y reyes, deben sujetarse al Pontífice Romano. Me explico que el Papa se compare con el sol y al emperador con la luna; me explico que haya pretendido quitar y poner reyes a su antojo. Todo esto se ha podido pretender, y la Historia ha juzgado ya tales pretensiones. Pero no puede negarse que están en armonía con otras pretensiones del sistema romano.

Pero que quien se titula Padre común de los fieles y Vicario de Jesucristo sobre la tierra, se conformará con ser Soberano temporal de un Estado insignificante, es cosa que nos parecería el colmo de la condescendencia y de la moderación en las ambiciones.

Tal vez éramos demasiado cándidos, pero teníamos una vaga sospecha de que la Iglesia de Roma estaba contenta de haber perdido el poder temporal de los Papas, y que sus intermitentes lamentaciones sobre el asunto eran pura fórmula. Lo pensábamos así porque para nosotros era evidente que la Iglesia Romana había ganado inmensamente con perder aquel lastre de la Edad Media. La Roma papal no fué nunca una gran honra para la Iglesia. No era un Estado más limpio, más justo, más feliz que los demás. Al contrario, había el proverbio de que se veían allí cosas tales, que hacían perder la fe. Si el experimento pudiera repetirse, ¿no se correría el riesgo del mismo fracaso? Esta posibilidad, muy razonable, parece que debería quitar a la Iglesia todo deseo de volver a una situación tan poco atractiva.

Pero no es así. La Iglesia desea de veras el poder temporal de sus Papas. Lo considera necesario. Si hubiéramos de obrar como enemigos, no podríamos desearle cosa peor que el logro de esta aspiración.

Basta lo expuesto para ver lo que la censura ha hecho en nuestras columnas, aun cuando no hayan faltado quienes creyeran que nosotros no dábamos trabajo al lápiz del censor.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

¿Pero hay libertad de Prensa?

Esto es lo que todos se preguntan. Y la verdad es que todos, salvo la Prensa clerical, se tienen que decidir por la negativa. En España ha habido siempre un ciego furor contra la Prensa, a la cual se ha hecho en todo momento culpable de todos los males; y así, sobre la Prensa pesan actualmente la Ley de Jurisdicciones, la Ley de Orden Público y el famoso Código Penal de 1928, elaborado por la Dictadura, y que rige sin que haya sido aprobado por ningún Parlamento. Código éste que tiene medios más que suficientes para acabar con cualquier periódico que se considere por alguien como sospechoso. Por eso no falta quienes creen que con censura estábamos mejor, ya que ella era un escudo contra las iras del señor fiscal y contra infundadas denuncias. ¿Tendremos que aplicar a la censura aquello de «que no hay mal que por bien no venga»?

La responsabilidad de la Iglesia.

Desaparecida la censura, Torrubiano vuelve al palenque con más bríos que nunca, y en un valiente artículo, publicado en *El Liberal*, pide que se exijan responsabilidades a la Iglesia oficial. He aquí algunos de los párrafos más brillantes:

«Afortunadamente, todos los partidos de izquierda están ya dominados por una viva inquietud religiosa, y avanzan hacia el Poder con la resolución firme de afrontar dignamente el problema religioso por los caminos nuevos de la competencia eclesiástica y la corrección en todos los aspectos. Les ha llegado su hora a los dioses del báculo. Cuando está el país puesto en pie para exigir responsabilidades a todos sus rectores y administradores, no habían de eximirse los más culpables de todos. Hemos de llamar al episcopado ante el tribunal de la nación a responder de la pérdida del espíritu cristiano en nuestra patria; del malestar material y espiritual, rayano en la desesperación, del pobre clero que trabaja al frente de las parroquias; del abandono de la influencia española en Oriente y en África; del odio que al Cristianismo profesan en España aquellos a quienes la conciencia ha apartado de la Iglesia e incorporado al racionalismo; de la pobreza espiritual de nuestro pueblo, que no sabe rebelarse contra los que atropellan su dignidad; del acaparamiento del poder económico para hacer imposible la vida a quien no se someta al poder de Roma; de la industrialización y formación mundana de las comunidades religiosas que absorben en beneficio del extranjero grandes riquezas de España; del uso que han hecho, y hacen, de los acervos pios y de los bienes cuantiosos de la Iglesia española; de los procedimientos reprobables que utilizan para cortar los pasos de quienes, intelectual y moralmente solventes y de correctos procederes, no se so-

meten incondicionalmente a su voluntad; de las torturas espirituales a que se somete a las conciencias, principalmente de los educandos en seminarios seculares y regulares; de la persecución contra toda institución democrática que tienda, con la separación de la Iglesia y el Estado, a cumplir el precepto evangélico de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios; de la guerra civil espiritual en que vivimos eternamente empeñados todos los españoles; de la preponderancia que nuestras derechas quieren públicamente dar a los problemas económicos sobre los espirituales, queriendo hacer creer que no hay problema religioso, cuando aquí es el máximo problema.

«Sabemos muy bien cuál es nuestro deber, y estamos dispuestos a cumplirlo con la misma firmeza e incorruptibilidad e implacable tenacidad, como si no hubiesen pasado sobre nosotros largos años de extremas torturas de todo linaje.

«Sirvan estas palabras de recuerdo al país, en este periodo constituyente y preelectoral, para que por encima de todos los problemas suyos surja la solución del problema religioso. No se olvide que los únicos pueblos de Europa que han aguantado la ignominia de prolongadas dictaduras — España, Italia y Portugal — son los únicos que no han hecho todavía su revolución religiosa.»

Ni que decir tiene que estamos, como estarán muchos, al lado de Torrubiano.

DOMINGO DE RAMOS.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

A Manuel Graña.

Padre cura,
se terminó la censura.

Padre Graña,
ya no hay censura en España.

¡Ah cogulla!,
enfilaré a usted mi pulla.

Que a gustito
caminaba en el machito.

Insultante,
llamó «peste» al protestante.

Y podía
llamarnos cuanto quería.

Pues contaba
con que el censor le amparaba.

Si en mi mal,
era el censor clerical.

Ya se acabó la censura
que implantó la Dictadura,
para tapar sus amaños.
Han pasado siete años...
¡prepárese, padre cura!

DONALE.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

UNA BODA

El día 22, a las cuatro de la tarde, solemnizaron su enlace nuestro joven amigo D. Juan Bautista Cabrera Pérez-Cabrero, hijo mayor del Rdo. F. Cabrera, empleado en la Sociedad Bíblica, y la distinguida y bella señorita Pilar Torres Rodríguez, hija de D. Martín Torres, jefe del movimiento de la Compañía de Ferrocarriles M. Z. A.

La hermosa capilla de la calle de la Beneficencia se había adornado con profusión de flores, que daban al presbiterio un aspecto artístico y alegre. A los acordes de la marcha nupcial de Lohengrin hicieron su entrada en el templo los novios, precedidos de las señoritas Elena Cabrera y María Teresa Paz y acompañados de los padrinos, que eran el padre de la novia y la madre del novio. Una numerosa concurrencia formada por amigos de ambas familias llenaba la amplia nave.

Ofició en el acto religioso el pastor don Teodoro Fliedner, siguiendo el ritual de la Iglesia Española Reformada y dirigiendo a los contrayentes una sentida plática, para la cual tomó por texto las palabras de San Pablo: «Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y el amor; empero la mayor de ellas es el amor». Habló del amor como lo más grande en el mundo y como la fuente de la verdadera felicidad. Exhortó a los jóvenes esposos a dar entrada en su hogar al Señor Jesucristo para que Él santificara todos sus goces y trabajos.

Terminado el acto, que no pudo menos de impresionar por su espíritu evangélico y por su ambiente de cordial afecto a cuantos asistieron, los invitados se dirigieron a un hotel céntrico, donde fueron obsequiados con un espléndido lunch.

Los recién casados salieron para Barcelona y otros puntos, acompañados de las felicitaciones y buenos deseos de sus numerosos amigos. Que el Señor los bendiga con sus mejores bendiciones en el hogar que han formado.

Las Escrituras del Nuevo Pacto.

Versión del Nuevo Testamento, en la que se ha procurado la más escrupulosa exactitud. Tenemos algunos ejemplares, de encuadernación un poco ajada por el tiempo, pero fuerte y en perfecto estado de conservación.

Precio: **Una** peseta.

Pídase a
Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º-MADRID
Teléfono 17.933

In memoriam.

Doña Julia Goetz de Albricias.

A los setenta y cuatro años de edad, y tras una enfermedad larga y dolorosa, sufrida con santa resignación, ha dormido en el Señor la virtuosa señora doña Julia Goetz y Maurer, esposa de nuestro buen amigo, el veterano pastor de Albricias, D. Francisco Albricias.

Nacida en la poética Alsacia, muy joven todavía casó con el señor Albricias, y desde entonces, hasta que el Señor se ha servido llamarla a su presencia, fué una fiel colaboradora de su esposo, con el que compartió sus horas alegres y sus días tristes, y al que alentó en los momentos de desmayo, y estimuló en los días difíciles. No serán muchos, quizá, los que conocieran a D.^a Julia de Albricias como una mujer consagrada a la Obra evangélica de España, y, sin embargo, ella tomó una parte importante en la labor educativa a que su esposo se consagró principalmente, teniendo a su cargo algunas de las clases entre las niñas y jóvenes, y llevando casi todo el peso de la parte administrativa en la Escuela Modelo de Alicante.

Delicada de salud hace algún tiempo, se agravó en estos últimos meses, y en la mañana del pasado jueves entregó su alma al Creador, y entró a formar parte de la compañía de los redimidos, después de haber peleado fielmente la buena batalla de la fe y haber llegado firme al fin de la carrera cristiana.

El viernes, a las diez de la mañana, en el salón de actos de la Escuela Modelo, tuvo lugar el culto fúnebre, dirigido por el Rdo. Fernando Cabrera (llamado por la familia Albricias para este objeto), el cual dirigió a la numerosísima concurrencia, que llenaba el amplio salón y parte del jardín, una plática sobre la esperanza del cristiano y la vida futura. Media hora después se organizó la fúnebre comitiva, que constituyó una imponente manifestación de duelo, en la cual formaban parte personas de todas las clases de la Sociedad, que de manera tan patente, y pese a los manejos de los clericales, demostraban las simpatías y la gratitud que sienten por los señores Albricias y su labor educacional. Muchas de las personas continuaron hasta el Cementerio Civil, y allí, después del servicio religioso, entregamos a la tierra los restos de la hermana querida, de la esposa fiel, de la madre amantísima. Tierra a tierra, polvo a polvo, ceniza a ceniza, hasta el día de la resurrección.

La Prensa local, a más de enviar sus representantes al triste acto, lo reseñó en sus columnas, haciéndolo el diario *El Luchador* en los siguientes términos:

«Esta mañana, a las diez, se ha verificado la conducción, al Cementerio Civil,

del cadáver de la virtuosa señora doña Julia Goetz Maurer, esposa de nuestro querido y venerable amigo D. Francisco Albricias.

«Una nutridísima comitiva, en la que figuraban representaciones distinguidas de todas las clases sociales, formaba el cortejo fúnebre, presidido por el destacado pastor evangélico de Madrid, D. Fernando Cabrera, descendiente de una ilustre familia alicantina, y los hijos de la extinta señora, D. Franklin y D. Lincoln Albricias.

«Las firmes convicciones cristianas de los señores Albricias y las múltiples y efusivas manifestaciones de pésame que han recibido, servirán, seguramente, para mitigar el dolor producido por la inmensa desgracia que les aflige en estos instantes.»

A nuestros queridos amigos, D. Francisco Albricias, y sus hijos, D. Lincoln, D. Franklin y D.^a Consuelo Lara, deseamos toda clase de bendiciones de lo alto y los mayores consuelos del Padre celestial. «El Señor la dió, el Señor la ha quitado: bendito sea el nombre del Señor.»

Notas breves.

— En la Iglesia del Redentor, en San Sebastián, y en el servicio de la mañana del Domingo último, fué administrado por el pastor de esta Iglesia, el sacramento del Bautismo a una niña, hija primogénita de nuestros hermanos, D. Juan Gaertner y D.^a Antonia Mena, a la que se le impuso los nombres de María Esther. A nuestros muy queridos amigos, los abuelos y padres de la bautizada, damos nuestra cordial enhorabuena deseando para la pequeña las bendiciones del buen Padre celestial.

Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para Octubre.

ACCIÓN DE GRACIAS:

Por la recolección de los frutos de la tierra, y la cosecha de almas para Cristo.

Por los trabajos de cooperación entre los evangélicos españoles.

Por los progresos del Evangelio.

SÚPLICAS:

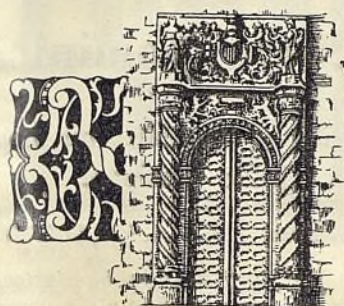
Por los establecimientos benéficos.

Por las escuelas y demás centros docentes.

Por la labor de las Iglesias.

Por la implantación de la libertad de cultos.

Los evangélicos de Madrid se reunirán en oración el jueves, día 2 de Octubre, a las ocho de la noche, en la Iglesia del Redentor (Salón de conferencias), Beneficencia, 18.



MEMORIAS DE UN PROTESTANTE

por
ANTONIO VALLESPINOSA



(Continuación.)

Desembarqué en Cádiz y me fui a una fonda, con cuyos dueños hice amistad, como también con muchos cadetes de Marina que allí se habían alojado. Por casualidad, y en una de las calles de la ciudad, hallé a un amigo mío, jerezano, a quien había conocido en Gibraltar, que me presentó a varios amigos suyos, especialmente a dueños de tiendas de lencería, a los cuales entregué porciones bíblicas, tratados religiosos y *El premio de 50.000 duros*.

Por medio de esos señores conocí después a D. Ramón Lastortres, natural de Reus, dueño de una acreditada tienda de lampistería. Era un joven de carácter serio y determinado, y uno de los que después de haberse pronunciado la escuadra en Cádiz, se puso con otros al frente del pueblo, yendo a los cuarteles a invitar a las tropas a que se pronunciaran, como al fin se logró.

Presentáronme después al «Círculo Democrático», cuyo dueño, el Sr. Moreno, me recibió muy bien, y habiéndole entregado un *Premio de 50.000 duros* quedó tan contento y satisfecho, que lo mandó al obispo de la ciudad, acompañándolo de una notita mía, en la que se le invitaba a una controversia sobre las diez proposiciones que contenía aquella hoja. Un amigo suyo fué personalmente al palacio episcopal y la entregó al portero; mas no tuvimos el gusto de ver aceptada nuestra invitación.

En una de aquellas calles me encontré con Cabrera. Al día siguiente me encontré con Benot, Guillén y un fotógrafo, republicanos nuevos y de los que llevaban la batuta en Cádiz, informándome que estaban para tomar posesión de la Iglesia de San Felipe Neri, donde el año 1812 se reunieron las Cortes españolas, y que entonces podrían proporcionarme parte de aquel edificio para las reuniones protestantes; mas como tuve que irme, el asunto quedó abandonado.

Hice también amistad con un caballero catalán, llamado Bohigas, consignatario de buques, que me presentó al «Círculo Liberal», que se componía de la aristocracia de Cádiz.

Como en breve debían llegar de Gibraltar ocho cajones de libros, y no podían desembarcarse por no estar aún modificadas las leyes del Reino, hablé a un primo del general Prim (el Sr. Prat y Prim), ingeniero militar, que se hallaba conmigo en la fonda, para que me acom-

pañase al gobernador y le pidiera permiso para desembarcar los mencionados cajones. Allí nos fuimos los dos, y, al llegar a la entrada, lo primero que me encontré fué a un tal Beltrand, demócrata furibundo, que iba a solicitar un empleo, aunque fuera — me dijo — en el fielato de La Línea. Este hombre fué uno de los que más hablaron contra los empleados del Gobierno, porque creía que eran las sanguijuelas de la nación.

Subimos arriba y hallamos la antesala cuajada de gente que esperaba audiencia. Mi amigo no hizo más que entregar su tarjeta al portero para que la pasara al gobernador (Alcalá Zamora), cuando vino éste a estrecharnos la mano y conducirnos a una sala privada. Hízonos tomar un refresco y nos agasajó mucho, concediéndonos inmediatamente lo que deseábamos. Nos habló de su hermano cura, amigo particular de Prim, y que ocultamente trabajó mucho por la Revolución, siendo poco después obispo en una diócesis de Filipinas, donde al poco tiempo murió. Llamó después a su secretario, Caballero, primo del general Caballero de Rodas, y le hizo extender un documento, para que al llegar los cajones de libros se nos entregaran sin dificultad. Esto es lo que alcancé del gobernador, que, si yo hubiera ido solo, no lo hubiera alcanzado.

Como tenía que partir pronto, formé un Comité, cuyo presidente era el señor Lastortres, para que se encargara de recibir los libros y se quedara con cuatro cajones y mandara los restantes a Madrid. Antes de que dejara Cádiz, visité las dos catedrales que tiene, a semejanza de Vich y de Zaragoza, que no tienen un átomo de la majestad que tienen las de Tarragona y otros puntos de España.

Al día siguiente me despedí de mis amigos y tomé el ferrocarril para Sevilla, parándome de visita unas horas en el Puerto de Santa María, residencia de mi amigo, vicecónsul de aquella población. Esto fué el 30 de Octubre.

Proseguí mi viaje en el ferrocarril, y me detuve en Jerez, con objeto de ver las muchas reliquias que se guardan en uno de los templos de aquella ciudad, pero como se requerían algunas formalidades y altas recomendaciones para lograrlo, determiné marcharme en seguida a Sevilla.

Llegado a esta ciudad, me fui a la Fonda de Londres, cuyo dueño era hermano de mi amigo el Sr. Rica. Allí me quedé por ocho días. Era día de sábado, y el Domingo vime con los protestantes Abeza y

Morán, que me acompañaron a la casa de un tal Merino, en cuyo patio el Sr. Cabrera había predicado a sus congregados. Por la noche nos reunimos en el patio de la misma casa, en número de unos 20. Dimos culto a Dios, cantando himnos, orando y concluyendo con un corto sermón evangélico, que era el segundo sermón que libremente se predicó en España desde el tiempo de la Reforma, o más bien desde que España se sometió a la Iglesia Romana.

Fui con el Sr. Rica y otros amigos de esta ciudad a ver algunos cuadros de Murillo, que había en la Catedral, y especialmente el grande y admirable San Antonio, que ocupa todo el lado de un altar. Esta apreciada pintura, cuatro o cinco años después, fué robada, habiéndole cortado los bordes y sacado del marco. Las autoridades de Sevilla ofrecieron cierta cantidad de dinero al que denunciara al autor del robo, escribiendo al propio tiempo a todos los cónsules españoles del mundo, y al fin se halló que se había vendido en los Estados Unidos, recobrándose por mediación del cónsul en Nueva York.

Fuimos a ver la casa donde nació el gran pintor Murillo, y que por cierto es de muy pobre aspecto. Está a lo último de la callejuela del Agua, esquina a una plazuela que da frente a la muralla, y por la que apenas se ve pasar un alma. Recientemente se ha colocado una lápida que recuerda la vida y muerte del rey de los pintores.

Sevilla, a principios de este siglo, se consideraba una de las ciudades más levíticas de España, contándose en su recinto 140 conventos e iglesias, algunas de las cuales fueron derribadas durante la invasión francesa, como también en la supresión de los conventos el año 1835. A la caída de Isabel II, el Comité revolucionario de Sevilla ordenó la venta y demolición de 40 templos, siendo uno de ellos comprado para el culto de los españoles protestantes.

(Continuará.)

La Redacción de ESPAÑA EVANGÉLICA está formada por Adolfo Araujo, Carlos Araujo, Agustín Arenales, Fernando Cabrera, Alejandro Campo, Jorge Flíedner, Juan Flíedner, Claudio Gutiérrez Marín, José López, José Marcial Dorado, Eduardo Moreira, Manuel Puch y Luis Villaoz.

Esfuerzo Cristiano

La lectura de la Biblia.

Dom., 5 de Octubre. 2.^a Tim., 3, 1-17.

Lecturas diarias.

Lunes . .	La verdad divina . . .	Luc., 1, 1-4.
Martes . .	Mensajes de Dios . . .	Juan, 5, 39.
Miércoles .	El Espíritu por maestro	1. ^a Cor., 2, 14-16.
Jueves . .	Nuestra necesidad constante	Juan, 16, 7-15.
Viernes . .	La llave del conocimiento	Sal. 119, 97-100.
Sábado . .	Alimento diario . . .	Hech., 17, 1-11.

Sugestiones.

Hay una parte muy grande de la Biblia que no podemos recibir plenamente hasta que no llegamos a las circunstancias para las cuales las palabras fueron dadas. Hay promesas para los débiles que nunca podremos comprender cuando no necesitamos protección. Hay consuelo para los enfermos, cuyo consuelo no obtendremos cuando estamos en perfecta salud. Hay promesas para tiempos de soledad, que nunca podrán tener un valor real para nosotros, mientras amantes compañeros están a nuestro lado. Hay palabras para la vejez, que no pueden apropiarse en los años de la juventud, cuando el brazo es fuerte, la sangre caliente, el corazón valeroso. Dios no puede mostrarnos las estrellas mientras el sol brilla en los cielos.

Ilustraciones.

Nunca podemos decir lo que puede salir de una sola porción de la Palabra de Dios, aun de una sola hoja de ella. En lugar de lamentar, como he oído hacer a algunos, que las Biblias se venden a veces por papel al peso, y que sus hojas sirven para envolver cosas, yo me alegro de que sea así. Yo admiro la obra de Andreu Fuller y otros del tiempo pasado, que imprimían himnos sobre papeles que iban a ser usados en la venta de algodones y quincalla; daban el papel a los comerciantes para que envolvieran en ellos sus ventas. Con tal que la verdad corra, no importa cómo. Si ponéis una Biblia donde los hombres puedan leerla, ¿quién sabe cuál será el resultado? Yo conozco un amigo que al comprar tabaco lo encontró envuelto en una hoja de la Palabra de Dios, y por aquella hoja logró convertirse. — *Spurgeon*.

Temas para pensar.

¿Qué mensajes tiene la Biblia para los ricos? ¿Qué palabras especiales tiene para los pobres? ¿Cuáles son algunos de los mejores modos de aplicar la Biblia a nuestras vidas diarias?

Pensamientos.

El dulce placer y satisfacción que se encuentra en sentarse a leer la Biblia, es una prueba de ser cristiano.

Al estudiar la Palabra de Dios, medítala bajo estos dos aspectos: o para remover los obstáculos que te separen de Dios, o para conseguir algún poder de unión que lleve a unirte con Dios.

La Biblia es un libro lleno de luz y sabiduría. Ella os hará sabios para la vida eterna y os dará direcciones y principios que guíen vuestra vida sabia y prudentemente.

Sociedades infantiles.

Mis deberes en la Sociedad.

Dom., 5 de Octubre. Rom., 12, 6-11.

¿Qué es un deber y en qué consiste? ¿Qué deberes os imponéis al entrar en la Sociedad? ¿Cuál es el deber de un niño en el culto? ¿Por qué es un deber el orar por la Sociedad? ¿Por qué entra la oración diaria como una parte de la promesa? ¿Cuáles son vuestros deberes en cuanto a los demás miembros de la Sociedad? ¿Quiénes de vosotros cumplís la promesa de leer la Biblia todos los días?

LOS DOS CAMINOS

Una lámina que ilustra, de una manera muy interesante y sugestiva, el camino ancho y el camino estrecho de que habló el Señor. A un lado del cuadro aparece el camino ancho, con una entrada espaciosa, lugares de diversiones mundanas, escenas de violencia y codicia, y al final, las tinieblas y llamas que representan la perdición; del otro, el camino estrecho, la puerta angosta, la fuente purificadora que fluye de la cruz, la Iglesia, instituciones cristianas, y al final, el arco iris de la paz y comunión con Dios. Numerosas citas indican la enseñanza bíblica sobre los detalles del cuadro, que es muy adecuado para Escuelas evangélicas y hogares cristianos.

Tamaño: 63 x 50 cm.

Precio: 3,— pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.^o - MADRID
Teléfono 17.933

Ofertas y demandas.

(25 céntimos línea.)

PROFESOR, con título, se necesita en la Misión Metodista. Escribid, con referencias, al Rdo. José Capó, Ripoll, 22, principal. Barcelona.

EN familia. Habitaciones independientes. Calefacción y baño. Con o sin asistencia. Alenza, 6. Madrid.



Recomiende a sus amigos
ESPAÑA EVANGÉLICA

Escuela Dominical

Zacarías y Elisabet: un hogar judío piadoso.

5 de Octubre. Luc., 1, 5, 6, 57-66, 76-80.

TEXTO ÁUREO: *Y eran ambos justos delante de Dios, andando sin reprensión en todos los mandamientos y estatutos del Señor.* — Luc., 1, 6.

Después de haber estudiado algunas de las grandes figuras del Antiguo Testamento, vamos a estudiar ahora otras del Nuevo Testamento. Empezamos con los padres de Juan el Bautista. Debemos a San Lucas el retrato de esta noble y amable pareja, como también el de Simeón y Ana. En todo el capítulo primero de San Lucas nos movemos, por decirlo así, entre los dos Testamentos. Estamos en el crepúsculo matutino. Estos últimos santos de la Antigua Alianza viven con la mirada hacia el Oriente y la claridad del amanecer ilumina sus rostros.

Zacarías y Elisabet no tenían hijos, desgracia inmensa para un matrimonio judío. Cuando Zacarías llegó al momento más solemne en el ministerio de un sacerdote, el acto de ofrecer el incienso en el altar que se hallaba dentro del Lugar Santo, el ángel Gabriel se le apareció y le anunció que sería padre de un niño, a quien debía llamar Juan, que estaba llamado a preparar el camino al Mesías con el espíritu y el poder de Elías. Por haber dudado de la palabra del ángel, Zacarías quedó mudo hasta el día en que pusieron nombre a su hijo.

Sin duda, Juan llegó a ser lo que fue, en gran parte, por la educación que recibió en su hogar paterno. Respiró la atmósfera de la piedad desde su infancia. Sus padres le enseñaron el temor de Dios. Tenían un buen sentido de los valores espirituales y sabían que las riquezas y los placeres no valen nada al lado del amor a Dios y la fidelidad a sus mandamientos. Como eran ya ancianos cuando él nació, Juan debió perder a sus padres muy pronto. Pero, sin duda, recordaría siempre el amor que su padre tenía a los libros sagrados y la paciencia con que lo instruía en sus enseñanzas. Por otra parte, el hecho de ser nazareo, es decir, consagrado a Dios desde su nacimiento, y sujeto a reglas estrictas en cuanto a su género de vida, prepararía al niño desde muy pequeño para la elevada misión a la cual estaba destinado.

El cántico de Zacarías, llamado el *Benedictus* por ser ésta su primera palabra en la versión latina, expresa toda la sublime fe y esperanza del anciano sacerdote. Es un himno de gratitud a Dios por la salvación que Zacarías veía con mirada profética que Dios iba a enviar al mundo en la persona del Mesías, de quien su hijo iba a ser heraldo y precursor. Este cántico, que retiene el lenguaje y la forma poética del Antiguo Testamento, respira, sin embargo, el espíritu de la nueva Dispensación. «Es — dice un comentarista — una fragante brisa que viene de las riberas de un mundo nuevo, ahora próximo, que Zacarías ve y posee ya por medio de su fe.»